

HUGH HOWEY

ESPEJISMO

minotauro

Primera parte

HOLSTON

Los niños jugaban mientras Holston se dirigía hacia su muerte. Los oía chillar como sólo chillan los niños cuando se sienten felices. Mientras sus voces atronaban frenéticas más arriba, él se tomaba su tiempo para ascender dando vueltas y vueltas por la escalera de caracol, con zancadas metódicas y trabajosas de las viejas botas que resonaban contra el metal.

Los peldaños, al igual que las botas de su padre, exhibían muestras de desgaste. De la capa de pintura no quedaban más que fragmentos débilmente adheridos, sobre todo en las esquinas y partes interiores, donde nadie pisaba jamás. Los movimientos en otros tramos de la escalera levantaban pequeñas y temblorosas nubes de polvo. Holston podía sentir las vibraciones en la barandilla, desgastada hasta sacar el brillo del metal. Esto era algo que nunca dejaba de asombrarlo: que siglos de manos desnudas y pies arrastrados por el suelo pudieran desgastar el acero macizo. Una molécula cada vez, suponía. Cada vida podía llevarse una capa entera en el tiempo que tardaba el silo en llevarse esa vida.

Cada peldaño estaba ligeramente combado por generaciones de pasos, con el borde curvado como en una mueca triste. En el centro no quedaba casi ni rastro de los pequeños diamantes utilizados en su día para que la superficie no fuese tan resbaladiza. Su ausencia sólo se podía inferir por los restos originales que había a ambos lados, las pequeñas protuberancias piramidales que sobresalían de la superficie plana del acero, con sus bordes arrugados y sus manchas de pintura.

Holston levantó una de sus viejas botas sobre un viejo peldaño, se dio impulso y volvió a repetir el movimiento. Se ensimismó en la

obra de los años incontables, la ablación de moléculas y vidas, capas y capas transformadas en fino polvo. Y pensó, no por primera vez, que ni la vida ni la escalera habían sido concebidas para una existencia como aquélla. Los estrechos confines de aquella espiral alargada que atravesaba el silo subterráneo como una pajita en un vaso no habían sido contruidos para soportar un uso tan abusivo. Al igual que su cilíndrico hogar, se diría que la habían construido con otros objetivos, para fines olvidados mucho tiempo atrás. Lo que ahora servía de morada a millares de personas que se movían arriba y abajo por su estructura en repetitivos ciclos cotidianos, a Holston se le antojaba apropiado sólo para usarse en caso de emergencia, y por unas pocas decenas de seres humanos, como mucho.

Otro piso quedó atrás, una zona de dormitorios dividida como una tarta cortada en porciones. A medida que Holston se iba acercando a los últimos pisos en el último ascenso que jamás haría, la intensidad de la lluvia de infantil deleite que caía sobre su cabeza iba en aumento. Era la risa de la juventud, de unos espíritus que aún no habían comprendido el mundo en el que vivían, que todavía no sentían la presión de la tierra a su alrededor, que en su mente no estaban enterrados, en absoluto, sino vivos. Vivos y puros aún, como ponían de manifiesto los sonidos de alegría que descendían por la escalera, aquellos trinos incongruentes con los actos de Holston, con su decisión y su determinación de salir al exterior.

Cuando estaba acercándose al último piso, una voz juvenil resonó por encima de las demás y Holston se acordó de cuando era un niño en el silo, de las clases y los juegos. Por aquel entonces, el atestado cilindro de hormigón, con sus pisos y pisos de viviendas, talleres, huertas hidropónicas y salas de purificación repletas de marañas de tuberías, le parecía un vasto universo, un mundo tan grande que nadie podría nunca llegar a explorarlo entero, un laberinto en el que sus amigos y él podrían perderse para siempre.

Pero aquellos días distaban ya más de treinta años. Tenía la impresión de que su infancia se encontraba a dos o tres vidas de distancia y era algo de lo que había disfrutado otra persona. No él. A él, una vida entera como comisario le impedía acceder a aquel pasado. Y, más recientemente, estaba la tercera fase de su vida, una vida secreta más allá de su infancia y de sus obligaciones como comisario. Eran

las últimas capas de su yo, machacadas hasta quedar transformadas en polvo, tres años transcurridos en silencio, a la espera de algo que nunca llegaría; tres años de los que cada día, por sí solo, había sido más largo que un mes entero de sus anteriores y más felices vidas.

Al llegar al final de la escalera en espiral, la mano de Holston dejó atrás la barandilla. La curva barra de acero desgastado desembocaba en las salas más grandes de todo el complejo: la cafetería y la sala contigua a ella. Los chillidos de alegría procedían de allí. Unas formas rápidas y brillantes zigzagueaban entre las sillas desperdigadas, jugando al gato y al ratón. Un puñado de adultos procuraba contener el caos. Holston vio que Donna estaba recogiendo ceras y tizas del suelo de baldosas manchadas. Su marido, Clarke, estaba sentado a una mesa cubierta de vasos de zumo y cuencos con galletas de fécula de maíz. Saludó a Holston con la mano desde el otro lado de la sala.

Holston no pensó siquiera en devolverle el gesto. No tenía energía ni ganas de hacerlo. Miró más allá de los adultos y los niños en pleno juego, hacia la borrosa imagen que aparecía sobre una de las paredes de la cafetería. Era la mayor vista que tenían del inhóspito mundo exterior. Una escena matutina. La tenue luz del alba bañaba unas colinas sin vida que apenas habían cambiado desde la infancia de Holston. Habían permanecido allí esperando, como siempre, mientras él pasaba de jugar al ratón y al gato entre las mesas de la cafetería a convertirse en el envoltorio vacío que ahora era. Más allá de las imponentes y onduladas colinas, en lo alto, un cielo del color de la podredumbre atrapaba los rayos del amanecer en forma de débiles destellos. En la distancia, sobre la tierra, se alzaban el vidrio y el acero antiguos, allí donde, según se creía, había vivido la gente una vez.

Un niño, que salió disparado del grupo como un cometa, chocó contra las rodillas de Holston. Éste bajó la mirada y alargó la mano para tocarlo —era el hijo de Susan—, pero al igual que un cometa, el niño se alejó otra vez y volvió a caer en la órbita de los demás.

Holston se acordó de pronto del sorteo de la lotería que Allison y él habían ganado el año en que ella murió. Aún conservaba el billete. Lo llevaba consigo a todas partes. Uno de aquellos niños —ahora tendría probablemente dos años y andaría correteando detrás de los demás— podría haber sido suyo. Habían soñado, como todos los pa-

dres, con la doble fortuna de unos gemelos. Y lo habían intentado, claro. Una vez extraído el implante de Allison, habían vivido una sucesión de noches gloriosas tratando de cobrar el premio, mientras los demás padres les deseaban suerte y otros jugadores de la lotería suplicaban en silencio que el año pasara en blanco.

Sabiendo que sólo disponían de un año, Allison y él habían abierto la puerta a la superstición y recurrido a todo: trucos como colgar ajos sobre la cama (lo que, supuestamente, aumentaba la fertilidad), meter dos monedas de diez céntimos bajo el colchón (para propiciar la concepción de gemelos), una cinta rosa en el pelo de Allison, manchas de pintura azul bajo los ojos de Holston... Todo ello ridículo, desesperado y divertido. Sólo había una cosa más absurda que podrían haber hecho, y era no intentarlo todo, dejar alguno de aquellos cuentos de brujería sin probar.

Pero su destino no era ése. Antes incluso de que hubiera transcurrido su año, la lotería premió a otra pareja. No fue por falta de entusiasmo, sino por falta de tiempo. Por una repentina falta de esposa.

Holston le dio la espalda a los juegos y a la vista del mundo exterior y se encaminó a su oficina, situada entre la cafetería y la esclusa del silo. Mientras cubría esa distancia, sus pensamientos acudieron a la pelea que había tenido lugar allí, una pelea de fantasmas entre los que había tenido que pasar todos los días de los tres últimos años. Y supo que si se volvía hacia la amplia imagen de la pared, si entornaba los ojos y escudriñaba la escena cada vez más turbia que formaba la combinación de unos objetivos de cámara en mal estado y el tizne de la atmósfera, si seguía aquella grieta oscura colina arriba, aquella arruga que avanzaba por encima de la oscura duna en dirección a la ciudad que se extendía más allá, podría distinguir su forma inmóvil. Allí, sobre la colina, su esposa sería visible. Yacente como una roca dormida, cada vez más erosionada por el aire y las toxinas, con los brazos doblados bajo la cabeza.

Tal vez.

Ya era difícil ver, distinguir las cosas con claridad incluso antes de que reapareciese la borrosidad. Y además, tampoco se podía confiar demasiado en aquella vista. De hecho, había demasiadas cosas dudosas en ella. Así que Holston optó simplemente por no mirar. Atravesó el escenario de la fantasmal pelea con su esposa, donde aguardaban

eternos los malos recuerdos, aquella escena de la locura repentina que la había embargado, y entró en su despacho.

—Vaya, mira quién llega temprano —dijo Marnes con una sonrisa.

El ayudante de Holston cerró uno de los cajones metálicos del archivador, que emitió un aullido sin vida. Mientras volvía a coger su humeante taza reparó en la actitud solemne de Holston.

—¿Te encuentras bien, jefe?

Holston asintió. Señaló el estante de las llaves, situado detrás de la mesa.

—La celda —dijo.

La sonrisa del ayudante se esfumó, reemplazada por un gesto ceñudo de confusión. Dejó la taza y se volvió para coger la llave. Mientras estaba de espaldas, Holston acarició por última vez el afilado y frío acero que llevaba en la palma de la mano, y entonces dejó la estrella sobre la mesa. Marnes se volvió y le tendió la llave. Holston la cogió.

—¿Quieres que coja la fregona?

El ayudante Marnes apuntó hacia la cafetería con el pulgar. Salvo que tuvieran a alguien esposado, sólo entraban en la celda para limpiarla.

—No —dijo Holston. Señaló el cubículo con un movimiento de la cabeza para indicar a su ayudante que lo siguiera.

Se volvió —acompañado por el chirrido de la silla que abandonaba Marnes para seguirlo— y caminó hasta la puerta. La llave entró en la cerradura con facilidad. Los órganos internos del mecanismo, perfectamente contruidos y bien mantenidos, emitieron un chasquido seco y brusco. Un pequeño chirrido de los goznes, un paso decidido, un tirón, un ruido metálico, y todo terminó.

—¿Jefe?

Holston le tendió la llave entre los barrotes. Marnes la miró, inseguro, pero abrió la mano para cogerla.

—¿Qué pasa, jefe?

—Llama a la alcaldesa —le ordenó Holston. Exhaló un suspiro, el pesado aliento que llevaba tres años conteniendo—. Dile que quiero salir.

La vista desde la celda no era tan borrosa como en la cafetería, y Holston pasó su último día en el silo meditando sobre esto. ¿Era posible que la cámara de aquel lado estuviera protegida de los vientos tóxicos? ¿Acaso los reos, condenados a muerte, ponían más cuidado en preservar la vista de la que habían disfrutado en su último día? ¿O era su esfuerzo adicional un regalo para la siguiente persona que pasaría su último día en la misma celda que ellos?

Holston prefería esta última explicación. Le hacía recordar con nostalgia a su esposa. Le recordaba por qué estaba allí, en el lado equivocado de aquellos barrotes, por decisión propia.

Sus pensamientos regresaron flotando hasta Allison mientras permanecía allí sentado, contemplando el mundo muerto que algún pueblo ancestral había dejado tras de sí. No era la mejor vista del paisaje que rodeaba el búnker subterráneo, pero tampoco la peor. En la distancia se alzaban unas lomas onduladas de una bonita tonalidad marrón, como un puré de café con la cantidad justa de leche de cerda. El cielo seguía siendo del mismo gris plomizo que durante su infancia y durante la infancia de su padre y durante la infancia de su abuelo. Lo único que se movía en aquel paisaje eran las nubes. Flotaban hinchadas y oscuras sobre las colinas. Vagaban libres como los rebaños de los libros ilustrados.

La vista del mundo muerto ocupaba toda la pared de su celda, al igual que las paredes del piso superior. Cada una de ellas mostraba un sector distinto del yermo que se extendía más allá, un poco más borroso cada día que pasaba. El pequeño fragmento de aquella vista de que disfrutaba Holston comenzaba en la esquina de su camastro,

subía hasta el techo, se extendía hasta la otra pared y bajaba hasta el lavabo. Y a pesar de su suave turbidez —como si la lente estuviera embadurnada de aceite— era un paisaje que invitaba a adentrarse en él, como si, extrañamente, al otro lado de los barrotes de la prisión hubiera un agujero grande y tentador.

Sin embargo, esta ilusión sólo era convincente desde lejos. Al acercarse, Holston podía distinguir un puñado de píxeles muertos sobre la enorme pantalla. Su blanco destacaba poderosamente entre las tonalidades marrones y grises de los que sí funcionaban. Cada píxel, brillando con furiosa intensidad (Allison los había llamado píxeles «parados»), era como una ventana cuadrada abierta a un lugar más brillante, un agujero del grosor de un cabello humano que parecía indicar el camino a una realidad mejor. Los había por docenas, ahora que se fijaba. Se preguntó si habría alguien en el silo que supiese cómo arreglarlos, o incluso si tendrían las herramientas necesarias para llevar a cabo un trabajo tan delicado. ¿Estarían muertos para siempre, como Allison? ¿Acabarían por morir todos los píxeles? Holston se imaginó el día en el que la mitad de los píxeles serían de aquel blanco intenso, y luego, generaciones más tarde, el momento en el que sólo quedarían unos pocos marrones y grises. Y cuando por fin únicamente quedase una docena, el mundo habría adoptado una nueva configuración y la gente del silo creería que el exterior estaba cubierto de llamas y confundiría los únicos píxeles que todavía funcionaban con los que habían dejado de hacerlo.

¿O sería eso lo que estaban haciendo Holston y sus conciudadanos?

Alguien se aclaró la garganta a su espalda. Al volverse, Holston se encontró con la alcaldesa Jahns al otro lado de los barrotes. Tenía los brazos en jarras, con las manos apoyadas a la altura de la cintura. Señaló el camastro con un movimiento pesado de la cabeza.

—Algunas noches, cuando la celda está vacía y ni el ayudante Marnes ni tú estáis de guardia, me siento ahí y disfruto de las vistas.

Holston se volvió de nuevo hacia el paisaje polvoriento y carente de vida. Era deprimente comparado con las escenas de los libros infantiles, los únicos libros que habían sobrevivido al levantamiento. La mayoría de la gente dudaba de que hubieran existido alguna vez los colores que aparecían en aquellos libros, al igual que dudaba de elefantes morados y aves rosadas, pero Holston tenía la sensación de

que eran más auténticos que la escena que tenía delante. Al igual que les pasaba a otros, sentía algo primario y profundo en su interior al mirar aquellas páginas salpicadas de verde y azul. Pero incluso así, comparada con el asfixiante silo, la vista grisácea del exterior parecía una especie de salvación, la atmósfera abierta que los hombres nacían para respirar.

—Ahí siempre parece un poco más clara —comentó Jahns—. La vista, me refiero.

Holston no dijo nada. Ante sus ojos, un escarolado fragmento de nube se separó de las demás y se alejó en una dirección distinta, como una masa arrebolada de negros y grises.

—Puedes escoger la cena —dijo la alcaldesa—. Es la tradición...

—No hace falta que me cuentes cómo va —la interrumpió Holston—. Sólo hace tres años que le serví a Allison su última comida aquí. —Por costumbre, llevó una mano al anillo de cobre con la intención de darle una vuelta en el dedo. Olvidaba que lo había dejado en el armario hacía horas.

—Es increíble que haya pasado tanto tiempo —murmuró Jahns para sí. Al volverse, Holston vio que observaba con los ojos entornados las nubes de la pantalla.

—¿La echas de menos? —le preguntó con tono venenoso—. ¿O sólo detestas que el polvo haya tenido tanto tiempo para acumularse?

Jahns volvió por un instante los ojos en su dirección, pero al momento bajó la mirada al suelo.

—Sabes que no me gusta esto, sobre todo por las vistas. Pero las normas son las normas...

—No es culpa de nadie —dijo Holston tratando de que no se le notara la rabia—. Conozco las normas mejor que la mayoría... —Su mano hizo un movimiento casi imperceptible hacia la estrella, tan ausente como su anillo—. Joder, si me he pasado casi toda la vida defendiéndolas, incluso después de saber que son una basura.

Jahns carraspeó.

—Bueno, no voy a preguntar qué te ha llevado a tomar esta decisión. Simplemente asumiré que aquí no serías feliz.

Holston la miró fijamente a los ojos y vio la brillante película que los cubría antes de que ella pudiera parpadear para eliminarla. Jahns estaba más flaca que de costumbre, lo que, con aquel mono tan

ancho, le confería un cierto aire cómico. Las arrugas que le cubrían el cuello e irradiaban desde sus ojos eran más profundas de lo que recordaba. Más oscuras. Y le daba la impresión de que la ronquera de su voz era auténtico pesar, no sólo el producto de la vejez o de su ración diaria de tabaco.

De repente, Holston se vio a sí mismo a través de los ojos de Jahns; vio un hombre roto sentado en un banco desgastado, con la piel teñida de gris por el pálido fulgor del mundo muerto del exterior, y la imagen hizo que lo asaltara un mareo. Sintió que empezaba a darle vueltas la cabeza mientras buscaba algo razonable a lo que aferrarse, algo que tuviese sentido. El estado al que había llegado su vida era como un sueño. Nada de lo que había sucedido durante los tres últimos años le había parecido verdad. Nada parecía ya verdad.

Se volvió de nuevo hacia las lomas de color tostado. Con el rabillo del ojo le pareció ver cómo moría otro píxel, teñido de pronto de un blanco intenso. Otra minúscula ventana que se abría, otra vista diáfana a través de una ilusión que había aprendido a poner en duda.

«Mañana será mi salvación —pensó Holston con salvaje determinación—. Aunque muera ahí fuera.»

—Llevo demasiado tiempo siendo alcaldesa —dijo Jahns.

Holston volvió la cabeza y vio que se había aferrado a los fríos barrotes de acero con sus arrugadas manos.

—Nuestros archivos no se remontan hasta el comienzo, ¿sabes? No van más allá del levantamiento de hace siglo y medio, pero desde entonces ningún alcalde ha enviado más gente a la limpieza que yo.

—Siento cargarte este peso sobre los hombros —replicó Holston con voz seca.

—No me proporciona ningún placer. Es lo único que digo. Ningún placer en absoluto.

Holston señaló la enorme pantalla con un ademán.

—Pero mañana serás la primera que podrá ver un amanecer despejado, ¿verdad? —Detestaba cómo sonaba. Holston no estaba enfadado por su muerte, por su vida, o por lo que pudiera depararle el mañana, pero aún perduraba en él un resentimiento por el destino de Allison. Seguía considerando evitables los inevitables sucesos del pasado, mucho tiempo después de que se hubieran salido de su curso—. Mañana os encantará la vista a todos —dijo como para sí.

—Eso no es justo —protestó Jahns—. La ley es la ley. La has quebrantado. Y sabías que lo estabas haciendo.

Holston se miró los pies. Los dos permitieron que cayera sobre ellos un silencio. Al final, la alcaldesa Jahns fue la primera en hablar.

—Aún no has amenazado con no hacerlo. Algunos tienen miedo de que no hagas la limpieza porque no has dicho que no lo vas a hacer.

Holston se echó a reír.

—¿Se sentirían mejor si dijera que no voy a limpiar los sensores? —negó con la cabeza, maravillado por lo absurdo de aquella lógica.

—Todo el que entra ahí dice que no lo va a hacer —respondió Jahns —, pero al final lo hacen. Es lo que nos hemos acostumbrado a esperar...

—Allison nunca amenazó con no hacerlo —le recordó Holston, pero sabía lo que quería decir Jahns. También él había tenido la certeza de que Allison no limpiaría las lentes. Y ahora creía entender lo que había pasado por la cabeza de su esposa mientras estaba allí sentada, en aquel mismo banco. Había cosas más importantes en qué pensar que el acto de la limpieza en sí. A la mayoría de las personas a las que enviaban al exterior las habían cogido in fraganti en algún delito cuando se encontraban en aquella celda. A escasas horas de su destino final, lo que sentían era sorpresa. Cuando aseguraban que no iban a limpiar, lo hacían movidos por deseos de venganza. La suya era una obstinación reflexiva. Pero Allison, y ahora Holston, tenían mayores preocupaciones. El que limpiaran o no era intrascendente. Habían llegado hasta allí porque, de algún modo absurdo, lo deseaban. Lo único que quedaba era la curiosidad. La fascinación del mundo exterior más allá del velo proyectado de mentiras.

—Entonces, ¿piensas hacerlo o no? —preguntó Jahns directamente con evidente desesperación.

—Tú misma lo has dicho —respondió Holston encogiéndose de hombros—. Todo el mundo lo hace. Así que alguna razón debe de haber para ello, ¿no?

Fingía que no le importaba, que no estaba interesado en las razones de la limpieza, pero se había pasado la mayor parte de su vida, especialmente los últimos tres años, martirizándose por dentro mientras se preguntaba por qué. La pregunta lo enloquecía. Y si su nega-

tiva a responder a Jahns fastidiaba a quienes habían asesinado a su esposa, no sería él quien lo lamentase.

Jahns subió y bajó las manos por los barrotes, ansiosa.

—¿Puedo decirles que lo harás? —preguntó.

—O que no. A mí me da igual. Parece que cualquiera de las respuestas significará lo mismo para ellos.

Jahns no respondió. Holston levantó la mirada y la alcaldesa asintió.

—Si cambias de idea con respecto a la cena, díselo al ayudante Marnes. Estará en la mesa toda la noche, como manda la tradición...

No tuvo que terminar la frase. A Holston se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar aquella parte de sus antiguos deberes. Estaba en aquella mesa doce años antes, cuando enviaron a Donna Parkins a la limpieza, y ocho años antes, cuando le tocó el turno a Jack Brent. Y tres años atrás se había pasado la noche aferrado a los barrotes, tirado en el suelo, completamente destrozado, cuando le tocó el turno a su esposa.

La alcaldesa Jahns se volvió para marcharse.

—Comisario —murmuró Holston antes de que se hubiera alejado tanto como para no poder oírlo.

—¿Perdona? —Jahns se detuvo al otro lado de los barrotes, con las tupidas y grises cejas enarcadas por encima de los ojos.

—Ahora es el comisario Marnes —le recordó Holston—. No ayudante.

Jahns golpeteó uno de los barrotes de acero con los nudillos.

—Come algo —dijo—. Y no te insultaré diciéndote que duermas un poco.

Tres años antes

—Tiene que ser una broma —dijo Allison—. Cariño, escucha esto. No te lo vas a creer. ¿Sabías que hubo más de un levantamiento?

Holston alzó la mirada de la carpeta que tenía sobre el regazo. A su alrededor, varios montones de papeles formaban una especie de colcha que cubría la cama, montones y montones de archivos desordenados que había que ordenar y nuevas quejas a las que dar respuesta. Allison estaba sentada a la mesita de los pies de la cama. Vivían en uno de los apartamentos del silo que se habían subdividido dos veces con el paso de las décadas. Esto dejaba poco espacio para lujos tales como mesas y camas grandes.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —le preguntó él. Su esposa se volvió y se colocó un rizo detrás de la oreja. Holston señaló la pantalla del ordenador con el pulgar—. Llevas todo el día desenterrando secretos centenarios. ¿Y esperas que los conozca yo antes que tú?

Allison le sacó la lengua.

—Es una forma de hablar. Es mi manera de informarte. ¿Y por qué no pareces más interesado? ¿Es que no has oído lo que acabo de decirte?

Holston se encogió de hombros.

—Nunca había dado por sentado que el levantamiento que conocemos fuese el primero, sino sólo el más reciente. Si algo he aprendido en mi trabajo es que ninguna banda o mafia es la primera en su género. —Cogió una carpeta que había junto a su rodilla—. ¿Crees que éste es el primer ladrón de agua de la historia del silo? ¿O el último?

Allison hizo chirriar la silla sobre las baldosas al volverse hacia él. La parpadeante pantalla del ordenador que tenía detrás contenía los fragmentos y retazos de documentación que había extraído de los antiguos servidores del silo, vestigios de información borrada hacía mucho y reescrita infinidad de veces. Holston no comprendía el proceso mediante el cual se había recuperado, ni tampoco entendía cómo era posible que alguien lo bastante inteligente como para inventar algo así podía ser tan idiota como para querer hacerlo, pero aceptaba como verdades ambas cosas.

—Estoy reuniendo los fragmentos de una serie de informes antiguos —dijo ella—. Si son ciertos, indicarían que cada cierto tiempo se producía algo parecido a nuestro antiguo levantamiento. Una vez por generación, más o menos.

—Hay muchísimas cosas que no sabemos sobre los viejos tiempos —afirmó Holston. Se frotó los ojos y pensó en todo el papeleo que le quedaba por hacer—. Puede que no tuvieran un sistema para limpiar los sensores, ¿sabes? Apuesto a que por aquel entonces la visión del exterior se tornaba cada vez más borrosa, hasta que la gente se volvía loca, organizaba una revuelta o algo así, y entonces tenían que exiliar a algunos para enderezar las cosas. O puede que simplemente fuese el sistema de control de población que utilizaban. Ya sabes, antes de la lotería.

Allison negó con la cabeza.

—No lo creo. Estoy empezando a pensar que... —Hizo una pausa y recorrió con la mirada los historiales que rodeaban a Holston. La visión de aquel enorme compendio de transgresiones pareció provocar que pensara con más cuidado lo que se disponía a decir—. No se trata de un juicio de valor, no estoy diciendo que hiciesen algo malo ni nada por el estilo. Sólo sugiero que tal vez los rebeldes borrarán los servidores durante el levantamiento. Que no es lo que nos han dicho siempre, en todo caso.

Este comentario captó la atención de Holston. El misterio de los servidores en blanco, el vacío pasado de los antiguos habitantes del silo los perseguía a todos. Lo único que quedaba era una leyenda sin forma. Cerró la carpeta en la que estaba trabajando y la dejó a un lado.

—¿Qué crees tú que lo provocó? —preguntó a su esposa—. ¿Crees

que fue un accidente? ¿Un incendio o una bajada de tensión? —Ésas eran las teorías predominantes.

Allison frunció el ceño.

—No —dijo. Bajó la voz mientras miraba a su alrededor con aire cauteloso—. Creo que fuimos nosotros los que borramos los servidores. Nuestros antepasados, quiero decir, no los rebeldes. —Se volvió, se inclinó sobre el monitor y comenzó a pasar el dedo por una serie de cifras que Holston no alcanzaba a distinguir desde la cama—. Veinte años —continuó—. Dieciocho. Veinticuatro. —El dedo bajó por la pantalla con un chirrido—. Veintiocho. Dieciséis. Quince.

Holston abrió un camino entre los documentos que había a sus pies, que volvió a dejar en sus respectivos montones al avanzar hacia la mesa. Se sentó al borde de la cama, apoyó una mano sobre el cuello de su esposa y miró el monitor que tenía delante.

—¿Eso son fechas? —preguntó.

Allison asintió.

—Aproximadamente cada dos décadas se produce una gran revuelta. Este informe las cataloga. Fue uno de los archivos que se borraron durante el levantamiento más reciente. El nuestro.

Dijo «nuestro» como si todo el mundo tuviese algún amigo que hubiera vivido por aquel entonces. Pero Holston sabía lo que quería decir. Era el levantamiento a cuya sombra se habían criado todos, el que parecía haberlos engendrado, el gran conflicto que pendía sobre sus cabezas, sobre las de sus padres y las de sus abuelos. Era el levantamiento que llenaba todos los susurros y protagonizaba todas las miradas de soslayo.

—¿Y qué te hace pensar que fuimos nosotros, los buenos, quienes borramos los servidores?

Allison se volvió y lo miró con una sonrisa siniestra.

—¿Y qué te hace pensar a ti que los buenos somos nosotros?

Holston se puso tenso y apartó la mano del cuello de Allison.

—No empecemos. No digas nada que pueda...

—Estoy bromeando —respondió ella, pero no era algo sobre lo que se pudiera bromear. Ese tipo de palabras no andaban muy lejos de la traición, de la limpieza—. Mi teoría es ésta —añadió rápidamente, subrayando la palabra «teoría»—. Hay un levantamiento por generación, ¿vale? O sea, durante cien años o puede que más —dijo

mientras señalaba las fechas—. Pero entonces, durante el gran levantamiento, el único que hemos conocido nosotros, alguien borra los servidores. Cosa que, debo decirte, no es tan sencillo como pulsar unos botones o provocar un incendio. Hay procesos redundantes sobre procesos redundantes. Haría falta un esfuerzo concertado, no un mero accidente, un ataque precipitado o un simple sabotaje...

—Pero eso no nos dice nada sobre la identidad del responsable —señaló Holston. Su esposa era un genio con los ordenadores, sin duda, pero hacer de detective no era su campo, sino el de él.

—Lo que sí me dice algo —continuó ella— es que anteriormente hubo un levantamiento cada generación, pero desde entonces no ha habido ninguno...

Se mordió el labio.

Holston se enderezó.

Recorrió la habitación con la mirada mientras contemplaba todas las implicaciones de aquella observación. De pronto tuvo una visión en la que su esposa le arrebatava su maletín de detective de las manos y desaparecía con él.

—O sea, dices... —Se frotó la barbilla mientras lo pensaba—. ¿Dices que alguien borró nuestra historia para impedir que se repitiera?

—O algo peor. —Extendió los brazos y le cogió las manos. La expresión de su rostro, hasta entonces de simple seriedad, se había transformado en algo más profundo, más severo—. ¿Y si la razón de las revueltas estaba ahí, en los discos duros? ¿Y si parte de nuestra historia conocida, o algún dato del exterior, o quizá incluso la causa que hizo que la gente tuviera que refugiarse aquí hace tanto, tanto tiempo... Y si esa información iba provocando que se acumulara una especie de presión en la gente que hacía que perdiesen la cabeza, fuesen cediendo al nerviosismo hasta enloquecer o, simplemente, quisieran salir?

Holston negó con la cabeza.

—No quiero que pienses esas cosas —la advirtió.

—No estoy diciendo que tuvieran derecho a enloquecer —precisó, de nuevo cautelosa—. Pero teniendo en cuenta lo que he encontrado hasta ahora, ésa es mi teoría.

Holston dirigió una mirada de desconfianza al monitor.

—Quizá sería mejor que no hicieras esto —dijo—. Ni siquiera sé por qué lo estás haciendo, y quizá no deberías.

—Cariño, la información está ahí. Si no la recopilo yo ahora, alguien lo hará en algún momento. No se puede volver a meter al genio dentro de la lámpara.

—¿Qué quieres decir?

—Ya he publicado un artículo en el que se explica cómo recuperar archivos borrados y reescritos. El resto de Informática lo está difundiendo para ayudar a cualquiera que haya borrado algo importante sin querer.

—Sigo pensando que deberías dejarlo —insistió él—. No me parece buena idea. No creo que salga nada bueno de eso...

—¿De saber la verdad, quieres decir? Saber la verdad siempre es bueno. Y es mejor que la descubramos nosotros que cualquier otro, ¿no?

Holston miró los archivos. Hacía cinco años que no enviaban a nadie a la limpieza. La vista del exterior era más borrosa cada día que pasaba, y como comisario sentía la presión de tener que dar con alguien. Estaba aumentando día a día, como si el interior del silo fuese una caldera en la que estuviera acumulándose el vapor sin encontrar ninguna salida. La gente se ponía nerviosa cuando pensaba que se acercaba el momento. Era como una de esas profecías que son en sí mismas la causa de su cumplimiento. Y estaba seguro de que, más tarde o más temprano, este estado de nerviosismo haría que alguien cometiese un desliz, hiciese o dijese algo que no debía, y cuando quisiera darse cuenta se encontraría en la celda, contemplando su último anochecer borroso.

Holston revisó todos los archivos que lo rodeaban buscando a alguien. Al día siguiente enviaría a una persona a la muerte si eso servía para aliviar la presión del vapor. Su esposa estaba usando una aguja para sondear un enorme globo demasiado lleno de aire, y él quería deshincharlo antes de que la aguja penetrara demasiado y lo hiciera reventar.

La actualidad

Holston estaba sentado en el solitario banco de acero de la esclusa, con el cerebro abotargado por la falta de sueño y la certeza de lo que le esperaba. Nelson, jefe del laboratorio de limpieza, se encontraba de rodillas ante él, ayudándolo a meter el pie en la pernera de un traje antirradiación de color blanco.

—Hemos hecho algunas modificaciones a los sellos de las juntas y añadido una segunda capa de aislante pulverizado por dentro —decía en aquel momento—. Te dará más tiempo del que nadie ha tenido hasta ahora.

Mientras escuchaba esta información, Holston recordó a su esposa en las tareas de limpieza. El último piso del silo, con las grandes pantallas al mundo exterior, solía quedar vacío en tales ocasiones. Sus moradores no soportaban presenciar lo que habían hecho..., o puede que sólo quisieran subir y disfrutar de las vistas sin tener que comprobar cuál había sido el coste. Pero Holston lo había presenciado; nunca tuvo la menor duda al respecto. No podía ver la cara de Allison a través de la máscara plateada del casco, no podía ver sus finos brazos dentro del voluminoso traje mientras frotaba y frotaba con la esponja de lana, pero conocía su forma de andar y sus gestos. La vio terminar la tarea, tomarse su tiempo para hacerlo con esmero, y entonces vio que retrocedía un paso, miraba a la cámara una última vez, se despedía de él con el brazo y, tras dar media vuelta, se alejaba. Al igual que otros antes que ella, se encaminó con pasos trabajosos en dirección a una colina cercana y comenzó a ascender lentamente ha-

cia las deterioradas agujas de aquella ciudad antigua y en ruinas que se adivinaba al otro lado del horizonte. Holston lo presencié todo, de principio a fin. Hasta cuando su esposa cayó sobre la ladera, con las manos en el casco y comenzó a estremecerse mientras las toxinas devoraban primero el revestimiento exterior, luego el traje, y por fin a Allison, continué allí.

—El otro pie.

Nelson le dio una palmada en el tobillo. Holston levantó el pie y dejó que el técnico le subiera el traje por las piernas. Al mirarse las manos, se imaginó cómo se disolvía y se desprendía de su cuerpo el traje interior de carbono negro que llevaba pegado a la piel y cómo iba cayendo poco a poco, igual que los copos de grasa reseca de la tubería de un generador, mientras la sangre se le salía por los poros e iba encharcando el interior del traje ya sin vida.

—Cógete a la barra y levanta...

Nelson estaba sometiéndolo a una rutina que él mismo había presenciado dos veces antes. Una con Jack Brent, que se había mostrado beligerante y hostil hasta el final y lo había obligado a permanecer vigilante junto al banco en su calidad de comisario. Y otra con su esposa, a la que había visto prepararse para salir por la pequeña portilla de la esclusa. Holston sabía lo que tenía que hacer porque ya se lo había visto hacer a ellos, pero aun así necesitaba que se lo dijeran. Sus pensamientos estaban en otra parte. Levantó los brazos, agarró la barra trapezoidal que tenía encima y tiró de ella para enderezarse. Nelson cogió el traje por los costados y lo levantó hasta la cintura de Holston. Los brazos vacíos colgaban a ambos lados como pesos muertos.

—La izquierda por aquí.

Holston obedeció como un hombre anestesiado. Encontrarse siendo protagonista de aquello, aquel mecánico paseo de los condenados, era una experiencia surrealista. Muchas veces se había preguntado por qué colaboraban los reos, por qué se dejaban llevar. Incluso Jack Brent, a pesar de todas sus imprecaciones y su militancia verbal, había hecho lo que se le decía. Allison lo había hecho en silencio, igual que él, recordó Holston mientras metía un brazo y luego el otro. Mientras el traje subía, Holston pensó que mucha gente colaboraba porque no podía creer que aquello estuviera ocurriendo de

verdad. Nada de aquello era lo bastante real como para rebelarse. La parte animal de su cerebro no estaba hecha para eso, para dejarse llevar con calma a una muerte de la que estaba perfectamente al corriente.

—Date la vuelta.

Lo hizo.

Sintió un pequeño tirón a la altura del trasero y luego el ruido de una cremallera que subía hasta su cuello. Otro tirón, otra cremallera. Dos capas de futilidad. El crujido del velcro industrial en lo alto. Una serie de palmadas y comprobaciones redundantes. Holston oyó el roce del casco vacío con la estantería. Dobló los dedos dentro de los guantes acolchados mientras Nelson revisaba el exterior.

—Vamos a repasar los procedimientos una vez más.

—No es necesario —respondió Holston en voz baja.

Nelson dirigió la mirada hacia la compuerta que llevaba al interior del silo. A Holston no le hizo falta mirar para saber que posiblemente hubiera alguien mirando.

—Aguanta un poco —insistió Nelson—. Tengo que hacerlo según el manual.

Holston asintió, aunque sabía que no existía ningún manual. De todas las tradiciones místicas que se transmitían oralmente en el silo generación tras generación, ninguna llegaba a acercarse siquiera en su intensidad ritual a la de los fabricantes de los trajes y los técnicos de limpieza. Todo el mundo les ofrecía su reconocimiento. Puede que fuesen los limpiadores los que se encargaban del acto físico, pero eran los técnicos quienes lo hacían posible, eran los hombres y las mujeres que mantenían abierto ante sus ojos el ancho mundo que se extendía más allá de los asfixiantes confines del silo.

Nelson colocó el casco sobre el banco.

—Aquí están las esponjas. —Dio unas palmaditas a las almohadillas de lana que el traje tenía adheridas en la parte delantera.

Holston tiró de una de ellas, que se desprendió del velcro con un sonido de desgarro, estudió los tirabuzones y espirales que se formaban en la superficie del burdo material y luego volvió a pegarla.

—Echas dos chorros de líquido limpiador antes de frotar con la lana, luego secas con esta toalla y, por último, colocas las películas protectoras. —Fue dando una palmada a cada bolsillo en el orden

preciso, a pesar de que estaban claramente etiquetados, enumerados (con las letras al revés, para que Holston pudiera leerlos) y clasificados por colores.

Holston asintió y miró al técnico a los ojos por primera vez. Para su sorpresa, vio miedo en ellos, un miedo que había aprendido demasiado bien a reconocer en su profesión. Estuvo a punto de preguntarle a Nelson qué pasaba, pero entonces lo comprendió: el hombre temía que todas sus instrucciones fueran en balde, que Holston se alejara caminando —como todos los habitantes del silo temían siempre que hicieran los limpiadores— sin cumplir con su deber. Sin limpiar para la misma gente cuyas normas, unas normas que prohibían soñar con un lugar mejor, lo habían condenado. ¿O acaso temía que el carísimo y complejo equipo que sus colegas y él habían construido con enormes esfuerzos, utilizando secretos y técnicas transmitidos desde mucho antes del levantamiento, saliera del silo y acabara pudriéndose para nada?

—¿Todo bien? —preguntó Nelson—. ¿Algo te tira en exceso?

Holston recorrió la esclusa con la mirada. Mi vida, habría querido decir. La piel. Las paredes.

Se limitó a negar con la cabeza.

—Estoy listo —susurró.

Era verdad. Extrañamente, pero sin ningún género de duda, Holston estaba más que listo para irse.

Y entonces, de pronto, recordó lo preparada que había estado también su esposa.

Tres años antes

—Quiero salir. Quiero salir. Quiero salir.

Holston llegó corriendo a la cafetería. Por la radio, entre los chirridos de la estática, se oía aún la voz del ayudante Marnes, que gritaba algo relacionado con Allison. Holston ni siquiera se había preocupado de responder. Simplemente había subido como una exhalación los tres tramos de escalera que lo separaban del lugar.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó. Avanzó entre la multitud que rodeaba la puerta y se encontró a su esposa en el suelo de la cafetería, debatiéndose contra Connor y los dos empleados del establecimiento que la sujetaban—. ¡Soltadla! —Les quitó las manos de las piernas de su esposa y a punto estuvo de llevarse una patada en la barbilla como recompensa—. Cálmate —dijo. Alargó las manos hacia sus muñecas, que se retorcían de un lado a otro tratando de zafarse de los brazos de varios hombres adultos—. Cariño, ¿qué demonios te pasa?

—Ha echado a correr hacia la esclusa —dijo Connor entre jadeos provocados por el esfuerzo desesperado de sujetarla. Percy la agarró por los pies para evitar que siguiera dando patadas y Holston no se lo impidió. Ahora se dio cuenta de por qué hacían falta tres hombres. Se inclinó junto a Allison, asegurándose de que ella lo reconociera. Tenía los ojos desorbitados por debajo de una cortina de cabello alborotado.

—Allison, cielo, tienes que calmarte.

—Quiero salir. Quiero salir.

Había dejado de gritar, pero las palabras seguían saliendo atropelladamente de su boca.

—No digas eso —protestó Holston. Un escalofrío le recorrió el espinazo al oír aquella afirmación intolerable. La puso la manos sobre las mejillas—. ¡Cielo, no digas eso!

Pero una parte de él comprendió, en un destello repentino, lo que significaba. Comprendió que era demasiado tarde. Otros lo habían oído. Todos. Su esposa acababa de firmar su sentencia de muerte. La sala comenzó a dar vueltas alrededor de Holston mientras suplicaba a Allison que se callara. Era como si, al llegar al escenario de un espantoso accidente —alguna desgracia en el taller, por ejemplo—, se hubiera encontrado herida a la persona amada. Viva todavía, sacudiendo los miembros, pero con una lesión que de un solo vistazo se adivinaba fatal.

Sintió que le caían unas cálidas lágrimas por las mejillas mientras trataba de apartar el pelo de la cara de su esposa. Por fin, sus ojos se encontraron con los de él, e interrumpiendo sus febriles revoloteos, se clavaron en aquéllos con un destello de consciencia. Y durante un momento, sólo un momento, antes de que él pudiese preguntarse si la habían drogado o sometido a cualquier otra clase de abuso, vio allí una chispa de serena claridad, un atisbo de cordura, de frío cálculo. Pero entonces un parpadeo se lo llevó, y los ojos volvieron a hundirse en la locura mientras ella suplicaba de nuevo que la dejaran salir, una y otra vez.

—Levantadla —dijo Holston. Sus ojos de esposo nadaban en lágrimas mientras permitía que el comisario, fiel a su deber, se hiciera cargo de todo. No se podía hacer otra cosa que encerrarla, a pesar de que lo único que él deseaba era que le dejaran espacio para ponerse a gritar—. Por ahí —le dijo a Connor, que había colocado las dos manos sobre los hombros temblorosos de Allison. Señaló con la cabeza su oficina y la celda que había detrás. Un poco más allá, al final de la sala, aguardaba la brillante pintura amarilla de la gran esclusa de aire, serena y amenazante, silenciosa y a la espera.

Una vez en la celda, Allison se calmó al instante. Se sentó en el banco, sin resistirse ni pronunciar palabra, como si sólo hubiera ido allí para descansar y disfrutar de las vistas. Holston era ahora el que temblaba sin remedio. Caminaba arriba y abajo sin descanso

al otro lado de los barrotes, murmurando preguntas que no tenían respuesta, mientras el ayudante Marnes y la alcaldesa se encargaban de cumplir con los procedimientos. Ambos trataban a Holston y a su esposa como si los dos hubieran enloquecido. Y aunque la mente de Holston seguía dando vueltas y vueltas al horror de la pasada media hora, en el fondo de su cerebro de comisario, siempre alerta ante las crecientes tensiones del silo, era vagamente consciente de la consternación y los rumores que se propagaban a través de los muros de hormigón y las barras de refuerzo. La inmensa presión acumulada en el lugar escapaba siseando entre las junturas en forma de cuchicheos.

—Cariño, tienes que hablar conmigo —suplicaba una vez tras otra. Dejó de caminar y agarró los barrotes con las manos. Allison le daba la espalda. Estaba mirando la pantalla de la pared, con las colinas pardas, el cielo gris y las nubes oscuras. De vez en cuando levantaba una mano para apartarse el pelo de la cara, pero aparte de eso no se movía ni hablaba. Sólo cuando Holston introdujo la llave en la cerradura, poco después de que la hubiesen metido allí a la fuerza y hubieran cerrado la puerta, siseó un breve «No lo hagas» que lo hizo detenerse.

Mientras él suplicaba y Allison hacía oídos sordos a sus súplicas, los preparativos de la inminente limpieza recorrían el silo. Al otro lado del pasillo se oía el ajetreo de los técnicos que estaban ajustando y preparando un traje. Los instrumentos de limpieza se llevaron a la esclusa. En alguna parte siseó la bomba de argón de la cámara de drenaje. El revuelo provocado por todo aquello llegaba esporádicamente hasta la celda donde Holston observaba a su mujer. Los técnicos interrumpían sus conversaciones y guardaban un silencio mortal al pasar a su lado. No se atrevían ni a respirar en su presencia.

Pasaron las horas sin que Allison accediera a romper su silencio, un comportamiento que generó las habituales habladurías por todo el silo. Holston se pasó el día entero gimoteando al otro lado de los barrotes, con el cerebro inflamado de confusión y agonía. Todo había sucedido en un instante, la destrucción de cuanto conocía. Trató de asimilarlo mientras Allison, sentada en la celda, contemplaba la tierra yerma, aparentemente complacida por su horrible destino como limpiadora.

Tras oscurecer, finalmente habló, después de haber rechazado en

silencio por enésima vez su última comida, después de que los técnicos hubieran terminado en la esclusa, hubiesen cerrado la compuerta amarilla y se hubieran retirado para pasar una noche insomne. Fue después de que el ayudante de Holston se hubiese ido a la cama tras dar un par de palmaditas de consuelo a su jefe en la espalda. Después de lo que se le antojaron muchas horas, cuando Holston estaba a punto de desvanecerse de fatiga por el llanto y las protestas proferidas con voz ronca, mucho después de que el sol perezoso se hubiera puesto al otro lado de las colinas que se veían desde la cafetería y la sala, las colinas que ocultaban los restos de aquella ciudad lejana y en ruinas, en la oscuridad casi completa que envolvía la celda, Allison susurró algo casi inaudible:

—No es real.

Eso creyó oír Holston. Volvió a la lucidez en un instante.

—¿Cielo? —Agarró los barrotes y se levantó del suelo para ponerse de rodillas—. Cariño —susurró mientras se limpiaba la costra de humedad de las mejillas.

Allison se volvió. Fue como si el sol hubiese cambiado de opinión y hubiera reaparecido por encima de las colinas. El hecho de que respondiera le dio esperanzas. Sintió que se ahogaba, presa de la emoción, y pensó que todo era obra de una fiebre, una enfermedad, una dolencia, algo que el médico podía justificar con una simple nota que excusaría todas las barbaridades que había dicho. En realidad Allison no pensaba nada de todo aquello. Se había salvado al salir de aquel estado, y Holston se sintió salvado al ver que se volvía hacia él.

—Nada de lo que ves es real —dijo ella en voz baja. Su cuerpo parecía haberse calmado, pero en su mente continuaba la locura, una locura que la condenaba con palabras prohibidas.

—Ven a hablar conmigo —la llamó Holston desde el otro lado de los barrotes.

Allison negó con la cabeza. Dio unas palmaditas sobre el fino edredón del colchón, invitándolo a sentarse a su lado.

Holston comprobó la hora. Ya hacía mucho que había terminado el horario de visitas. Podían enviarlo a la limpieza por lo que se disponía a hacer.

La llave entró en la cerradura con suavidad.

El chasquido metálico resonó con fuerza.

Holston entró en la celda de su esposa y se sentó a su lado. Era terrible no poder tocarla, no poder rodearla con los brazos y arrastrarla a un lugar seguro, de regreso a la cama, donde podrían fingir que todo había sido un mal sueño.

Pero no se atrevía a moverse. Permaneció allí sentado, con las manos entrelazadas, mientras ella susurraba:

—No hace falta que sea real. Nada de esto. Nada. —Miró la pantalla. Holston se le acercó tanto que pudo oler el sudor seco de su piel.

—Cielo, ¿qué pasa?

El aliento de sus palabras meció el cabello de su mujer. Allison estiró el brazo y acarició la oscura pantalla, como si tanteara los píxeles.

—Podría ser por la mañana y no lo sabríamos. Podría haber gente fuera. —Se volvió y lo miró—. Podrían estar mirándonos —dijo con una sonrisa siniestra.

Holston le sostuvo la mirada. Ya no parecía loca, como antes. Sus palabras eran las de una loca, pero ella no lo parecía.

—¿De dónde has sacado esa idea? —preguntó. Creía saberlo, pero lo preguntó de todos modos—. ¿Has encontrado algo en los discos duros? —Le habían dicho que había corrido desde el laboratorio hasta la esclusa, anunciando aquel disparate a voz en grito. Algo le había pasado mientras trabajaba—. ¿Qué has descubierto?

—No han borrado sólo lo de antes del levantamiento —susurró ella—. Como es lógico. Lo han borrado todo. —Se echó a reír. De repente alzó la voz y se le desenfocó la mirada—. ¡Apuesto que hasta mensajes de correo electrónico que nunca me enviaste!

—Cariño. —Holston reunió el coraje suficiente para buscar sus manos, y ella no se apartó. Se las estrechó—. ¿Qué has descubierto? ¿Un mensaje de correo electrónico? ¿De quién?

Allison negó con la cabeza.

—No. He encontrado los programas que utilizan. Los que crean las imágenes que parecen tan reales en las pantallas. —Volvió a mirar el acelerado crepúsculo—. Los informáticos —dijo—. Los informáticos. Son ellos. Lo saben. Es un secreto que sólo saben ellos. —Movió la cabeza con pesar.

—¿Qué secreto? —Holston era incapaz de saber si se trataba de un dislate o de algo importante. Sólo sabía que su mujer estaba hablando.

—Pero ahora lo sé yo. Y tú también lo sabrás. Volveré a por ti, te lo juro. Esto será distinto. Romperemos el ciclo, tú y yo. Volveré y coronaremos juntos esa colina. —Se echó a reír—. Si es que está ahí —dijo en voz alta—. Si la colina está ahí y es de color verde, la coronaremos juntos.

Se volvió hacia él.

—No hay levantamiento, en realidad, sólo un goteo gradual. Sólo la gente que sabe lo que ocurre y quiere salir. —Sonrió—. Quieren salir —dijo—. Y les conceden su deseo. Sé por qué limpian, por qué dicen que no lo van a hacer pero al final lo hacen. Lo sé. Lo sé. Y nunca regresan. Esperan, esperan y esperan, pero yo no. Yo volveré. Esto será diferente.

Holston le apretó las manos. Unas lágrimas gotearon de su barbilla.

—Cielo, ¿por qué haces esto? —Tenía la sensación de que su esposa deseaba explicarse, ahora que el silo estaba a oscuras y se encontraban solos.

—Sé lo de los levantamientos —respondió ella.

Holston asintió.

—Ya. Me lo contaste. Hubo otros.

—No. —Allison se apartó de él, pero sólo para tener el espacio necesario para mirarlo a los ojos. Los suyos ya no parecían los de una posesa, como antes.

—Holston, sé por qué se produjeron los levantamientos. Sé por qué.

Se mordió el labio inferior. Holston esperó, con el cuerpo tenso.

—La duda siempre ha estado ahí, la sospecha de que las cosas en el exterior no fuesen tan malas como parecía. Tú también lo has pensado, ¿verdad? Que podríamos estar en cualquier parte viviendo una mentira, ¿no?

Holston no era tan tonto como para responder. Ni siquiera se movió. El mero hecho de sacar aquel tema era un billete directo a la limpieza. Permaneció sentado y aguardó, petrificado.

—Posiblemente fuesen los jóvenes —continuó Allison—. Cada veinte años, más o menos. Querían ir más allá, explorar, creo yo. ¿Nunca has sentido ese impulso? ¿Ni siquiera cuando eras más joven? —Los ojos de Holston parpadearon—. O puede que fuesen las

parejas, los recién casados, que enloquecían cuando les decían que no podían tener hijos en este lugar condenado y minúsculo. Puede que estuviesen dispuestos a arriesgarlo todo por esa simple posibilidad...

Fijó la mirada sobre algo situado muy lejos. Puede que estuviera viendo el billete de lotería que aún no habían canjeado y ya nunca canjearían. Volvió a mirar a Holston. Éste se preguntaba si podrían enviarlo a la limpieza incluso por este silencio, por no acallar a gritos a alguien que pronunciaba cada una de las palabras que estaban prohibidas.

—O puede que fuesen los ancianos —siguió diciendo Allison—, hartos ya de cooperar, habiendo perdido el miedo a lo que pudiera ocurrirles en sus últimos años. Puede que quisieran marcharse para hacer sitio a los demás, para sus escasos y preciadísimos nietos. Quienesquiera que fuesen, quienesquiera, todos los levantamientos se produjeron a causa de esta duda, de esta sensación de que éste no es el lugar en el que deberíamos estar. —Recorrió la celda con la mirada.

—No puedes decir eso —susurró Holston—. Es el peor de los crímenes...

Allison asintió.

—Expresar el deseo de marcharse. Sí. El peor de los crímenes. ¿No entiendes por qué? ¿Por qué está tan prohibido? Porque todos los levantamientos nacieron de ese deseo, por eso.

—Consigues lo que pides —recitó Holston, las mismas palabras que se le habían grabado en la cabeza desde la infancia. Sus padres le habían advertido, a él, su único y preciado hijo, de que no debía sentir deseos de abandonar el silo. Ni siquiera debía pensarlo. Que no se le pasase la idea por la cabeza. Ese pensamiento equivalía a una muerte instantánea, la destrucción de su único y amado hijo.

Volvió a mirar a su esposa. Seguía sin entender aquella locura, aquella decisión. Había encontrado unos programas borrados que podían hacer que un mundo creado en una pantalla de ordenador pareciera real. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué actuar así?

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por qué así? ¿Por qué no acudiste a mí? Tiene que haber un modo mejor de averiguar lo que está pasando. Podríamos empezar por contarles a los demás lo que has encontrado en los servidores...

—¿Para convertirnos en los que provocaron el último levantamiento? —Allison se echó a reír. Parte de su locura seguía allí, o puede que fuese sólo el fruto de una intensa frustración y una rabia contenida. Puede que una enorme traición, extendida a lo largo de varias generaciones, la hubiese llevado más allá del límite—. No, gracias —dijo una vez que remitieron sus carcajadas—. He borrado todo lo que encontré. No quiero que lo sepan. Allá ellos si se quedan aquí. Sólo volveré a por ti.

—De ahí fuera no se vuelve —replicó Holston con rabia—. ¿Crees que los exiliados siguen ahí? ¿Que optaron por no volver porque se sentían traicionados por nosotros?

—¿Por qué crees que limpian? —preguntó Allison—. ¿Por qué cogen la lana y se ponen manos a la obra sin vacilar?

Holston suspiró. Sentía que la rabia de su interior comenzaba a agotarse.

—Nadie lo sabe —respondió.

—Pero ¿qué crees tú?

—Ya hemos hablado sobre esto —dijo—. ¿Cuántas veces lo hemos discutido? —Estaba seguro de que todas las parejas compartían sus teorías entre susurros cuando estaban a solas. El recuerdo de aquellas ocasiones le hizo apartar los ojos de Allison. Miró la pared y, al ver la posición de la luna, dedujo la hora. Disponían de un tiempo limitado. Su esposa se iría al día siguiente. Este sencillo pensamiento acudía a su cabeza de vez en cuando, como los relámpagos en medio de las nubes de tormenta—. Todo el mundo tiene sus teorías —continuó—. Hemos debatido las nuestras incontables veces. Ahora sólo quiero...

—Pero ahora sabes algo más —replicó Allison. Le soltó la mano y se apartó el pelo de la cara—. Los dos sabemos algo nuevo, y ahora tiene sentido. Tiene todo el sentido del mundo. Y mañana lo sabré con certeza. —Sonrió y le dio a Holston unas palmaditas en la mano, como si fuese un niño—. Y algún día, amor mío, también tú lo sabrás.

La actualidad

El primer año sin ella Holston había esperado, dando crédito a su locura, desconfiando de su imagen en aquella colina, creyendo que regresaría. Se había pasado el primer aniversario de su muerte restregando la celda hasta dejarla reluciente, limpiando la puerta amarilla de la esclusa con la esperanza de oír algo, algún golpe, cualquier cosa que indicara que el fantasma de su esposa volvía para liberarlo.

Al ver que no sucedía, comenzó a plantearse la alternativa: ir tras ella. Había pasado tantos días, semanas y meses revisando los archivos que ella había dejado, leyendo algunas de las conjeturas que había elaborado, que había estado a punto de volverse loco. Su mundo era una mentira, llegó a pensar, y además, aun en el caso de que no hubiera sido así, sin Allison tampoco tenía nada por lo que vivir.

El segundo aniversario de su desaparición marcó el inicio de su año de cobardía. Aquel día fue a trabajar con la boca llena de palabras venenosas —la expresión de su deseo de salir—, pero en el último segundo se las tragó. Al salir de patrulla con el ayudante Marnes sentía que el secreto de lo cerca que había estado de la muerte lo quemaba por dentro. Fue un largo año de cobardía, de traición a Allison. El primer año había sido un fracaso de ella. El último, su propio fracaso. Pero todo eso había terminado.

Ahora, un año más tarde, estaba a solas en la esclusa, con un traje de limpiador, rebotando de dudas pero también de convicciones. El silo había quedado sellado tras él, la gruesa puerta amarilla estaba cerrada a cal y canto, y Holston estaba pensando que no era así como

había creído que moriría ni el final que había imaginado para sí mismo. Siempre había pensado que permanecería en el silo hasta el final y que los nutrientes de su cuerpo terminarían en el mismo sitio que los de sus padres, en la tierra de los campos de cultivo del octavo piso. Tenía la sensación de que había transcurrido una vida entera desde que soñara con una familia, con un hijo propio, con la fantasía de unos gemelos, o de otro billete premiado en la lotería, con una esposa junto a la que envejecer...

Al otro lado de las compuertas amarillas sonó una sirena para advertir a todos, salvo él, de que se apartaran. Él debía permanecer allí. Tampoco tenía otro sitio adonde ir.

Con un siseo de las bombas de argón, el gas inerte comenzó a llenar la cámara. Transcurrido un minuto, Holston sintió que la presión atmosférica empezaba a arrugar el traje de limpieza alrededor de las juntas. Inhaló el oxígeno del interior del casco, se plantó frente a la otra compuerta, la compuerta prohibida, la que franqueaba el paso al aterrador mundo exterior, y esperó.

Unos pistones escondidos en el interior de las paredes emitieron un gemido metálico. Las cortinas de plástico sacrificial que cubrían el interior de la esclusa se arrugaron cada vez más a medida que subía la presión del argón. Las incinerarían en el interior de la esclusa mientras Holston limpiaba. Y luego restregarían la cámara hasta dejarla reluciente antes de que llegara la noche, a la espera del próximo exiliado.

Las grandes compuertas de metal que tenía delante se estremecieron un instante y entonces apareció una abertura entre ellas, que se fue ampliando a medida que las hojas se deslizaban en el interior de la jamba. No se abrirían del todo, tal como estaban diseñadas para hacer: había que minimizar el riesgo de que el aire del exterior penetrara en el complejo.

Con un siseo, un torrente de argón escapó por la abertura, y a medida que el espacio se iba ampliando, se transformó en un rugido. Holston se pegó a las compuertas, tan sorprendido consigo mismo por no haberse resistido como perplejo había estado en su momento frente a la respuesta de los otros. Más valía salir al exterior, contemplar el mundo una vez con sus propios ojos, que dejarse incinerar vivo junto con las cortinas de plástico. Más valía sobrevivir unos momentos más.

En cuanto el hueco fue lo bastante ancho, Holston lo atravesó. El traje rozó las puertas al pasar. Con la condensación del argón en una atmósfera menos presurizada, comenzó a formarse un velo de neblina a su alrededor. Avanzó a ciegas a través de aquella fina nube, con los brazos extendidos frente a él.

Antes de que saliera de ella, las puertas exteriores comenzaron a cerrarse con un gemido. La inmensa presión ejercida por las gruesas hojas de acero al encontrarse se tragó los aullidos de la sirena a su espalda y lo dejó aislado fuera, con las toxinas, mientras en el interior de la esclusa se encendía un fuego purificador para acabar con cualquier agente contaminante que hubiera podido filtrarse en el silo.

Holston notó que se encontraba al pie de una rampa de hormigón, una rampa que ascendía. Tenía la sensación de que se le agotaba el tiempo. Un recuerdo constante lo martilleaba en el fondo del cráneo: «¡deprisa! ¡deprisa!» La vida se le desgranaba por momentos. Subió pesadamente por la rampa, confuso por no encontrarse todavía al nivel del suelo. Estaba acostumbrado a ver el mundo y el horizonte desde la cafetería y el comedor, que se encontraban a la misma altura que la esclusa.

Subió arrastrando los pies por la estrecha rampa, con paredes de hormigón desportillado a ambos lados y con el visor inundado de una luz desorientadora y brillante. Al llegar al final, se encontró con el cielo al que había sido condenado por aquel sencillo pecado de esperanza. Dio una vuelta sobre sí mismo y escudriñó el horizonte, mareado aún por la visión de tantísimo verde.

Colinas verdes, hierba verde, una alfombra verde bajo sus pies. Holston gritó de emoción dentro del casco. La imagen hacía que le diese vueltas la cabeza. Sobre el verde, suspendido, se veía un azul de idéntica tonalidad a la de los libros infantiles, nubes blancas e immaculadas, criaturas vivas que avanzaban por el aire agitando las alas.

Holston se volvió en todas direcciones para absorber lo que lo rodeaba. De repente lo asaltó el recuerdo de su esposa haciendo exactamente lo mismo. La había visto volverse con torpeza, con lentitud, como si estuviese desorientada o estuviera preguntándose si debía limpiar los sensores.

¡La limpieza!

Holston bajó una mano y cogió una de las esponjas de lana que

llevaba sujetas al pecho. ¡La limpieza! Con mareante fervor, en un torrente de claridad, comprendió el porqué. El porqué. ¡El porqué!

Se volvió hacia el lugar donde siempre había asumido que estaría la pared circular del piso más alto del silo, pero, por supuesto, éste se encontraba bajo tierra. Lo único que había tras él era un pequeño montículo de hormigón, una torre de no más de tres metros de altura. Una escalerilla de metal ascendía por uno de sus costados. La cúspide estaba erizada de antenas. Y sobre la cara que tenía delante se encontraban las lentes, grandes y curvas como ojos de pez, de las potentes cámaras del silo.

Holston preparó la esponja y se acercó a la primera. Vio mentalmente su propia imagen desde el interior de la cafetería, avanzando con torpeza, hasta volverse más grande de lo humanamente posible. Así es como había visto a su esposa tres años antes. Recordaba que había agitado el brazo. En aquel momento pensó que lo había hecho para no perder el equilibrio, pero ¿habría estado intentando decirle algo? ¿Habría estado sonriendo como una idiota, igual que él sonreía ahora, por debajo del visor plateado? ¿Habría palpitado su corazón, rebosante de estúpida esperanza, mientras rociaba, restregaba, limpiaba y aplicaba la película protectora? Holston sabía que la cafetería estaría vacía. No quedaba nadie que lo quisiera lo bastante como para presenciar su fin, pero aun así saludó con la mano. Y en su caso, no lo hizo con la rabia que siempre había creído que sentían los demás. Ni tampoco con la certeza de que ellos, en el silo, estaban condenados, mientras que él, el condenado, era libre. No fue una sensación de traición lo que guió la lana de su mano en pequeños movimientos circulares. Fue misericordia. Misericordia pura y dicha ilimitada.

El mundo se fue tornando borroso, pero de un modo distinto, a medida que se le llenaban los ojos de lágrimas. Su esposa había dicho la verdad: lo que veían desde dentro era una mentira. Las colinas eran las mismas —las habría reconocido de un solo vistazo después de convivir tantos años con ellas—, pero los colores eran completamente distintos. De algún modo, las pantallas del interior del silo, los programas que había encontrado su esposa, hacían que las tonalidades verdes pareciesen grises y borraban de ellas todo rastro de vida. ¡Una vida extraordinaria!

Mientras limpiaba el polvo de las lentes de las cámaras, Holston

se preguntó si la borrosidad que se iba apoderando gradualmente de las imágenes sería real. Desde luego, el polvo lo era. Lo constató al quitarlo. Pero ¿era simple tierra en lugar de una miasma tóxica en el aire? ¿Podía ser que el programa descubierto por Allison pudiera sólo modificar lo que se veía? Un sinfín de ideas y hechos nuevos daban vueltas en la cabeza de Holston. Se sentía como un niño grande, nacido de pronto en un mundo inmenso, con tantas cosas por asimilar a la vez que le palpitaba la cabeza.

«La borrosidad es real —decidió mientras terminaba de limpiar el polvo de la segunda lente—. Es una capa adicional, como los falsos grises y pardos que debe de usar el programa para ocultar el verde de los campos y este azul salpicado de algodón blanco.» El mundo que les ocultaban era tan hermoso que Holston tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no quedarse pasmado contemplándolo, sin más.

Mientras terminaba con la segunda de las cuatro cámaras, pensó en las paredes mentirosas que había bajo tierra, que cogían lo que veían y lo modificaban. Se preguntó cuántos en el silo estarían al corriente de aquello. ¿Uno, al menos? ¿Qué clase de devoción fanática hacía falta para mantener tan deprimente ficción? ¿O ya era un secreto desde antes del último levantamiento? ¿Se trataba de una mentira ignorada, mantenida generación tras generación por una camarilla de programas embusteros que seguían cumpliendo con su cometido desde los ordenadores del silo sin que nadie lo supiera? Porque, de haberlo sabido alguien, si podían mostrarles lo que realmente había fuera, ¿por qué ocultarles la hermosa verdad?

¡Los levantamientos! Puede que para impedir que se repitieran una vez tras otra. Holston aplicó la película de protección sobre el segundo sensor mientras se preguntaba si la mentira de un mundo inhóspito en el exterior sería una perversa artimaña para impedir que la gente quisiera salir. ¿Era posible que alguien hubiese decidido que la verdad era peor que la pérdida de su poder, de su control? ¿O se trataba de algo más profundo y aún más siniestro? ¿El miedo quizá a unos hombres libres, descarados, sin trabas a la hora de reproducirse? Las posibilidades eran muchas y terribles.

¿Y Allison? ¿Dónde estaba? Holston rodeó con andares pausados la esquina de la torre de hormigón en dirección a la tercera de las cámaras. Los conocidos pero extraños rascacielos de la lejana ciudad

aparecieron ante sus ojos. Sólo que había más edificios que de costumbre. A ambos lados, por delante de los que conocía, se alzaban unos que le resultaban desconocidos. Los otros, los que conocía perfectamente, no estaban retorcidos y en ruinas, sino enteros, flamantes. Holston dirigió la mirada hacia las cimas de las verdes colinas e imaginó que Allison aparecía allí caminando de repente. Pero era ridículo. ¿Cómo iba a saber ella que lo iban a desterrar aquel día? ¿Se acordaría del aniversario? ¿Aunque él se hubiera saltado los dos anteriores? Holston maldijo su anterior cobardía, los años que había malgastado. Tendría que ir a buscarla, decidió.

De repente sintió el impulso de hacer precisamente eso, arrancarse el casco y el voluminoso traje y echar a correr colina arriba sin nada más que el mono interior de carbono, respirando a profundas bocanadas el aire fresco y riendo sin parar hasta llegar junto a su esposa, que lo estaría esperando en una ciudad vasta e incomprensible para él, repleta de gente y niños alegres.

Pero no, había apariencias que guardar, ilusiones que mantener. No sabía por qué, pero era lo que había hecho su esposa y el resto de los limpiadores que lo habían precedido. Ahora Holston era miembro de aquel colectivo, el colectivo de los que habían salido. Sentía sobre los hombros la presión de la historia, de los precedentes, una presión destinada a hacerlos obedecer. Ellos sabían lo que hacían. Completaría su actuación para el grupo de los que seguían dentro, a los que acababa de abandonar. Ni siquiera comprendía por qué lo estaba haciendo, sólo sabía que quienes lo habían precedido lo habían hecho. ¡Y menudo secreto compartían! Era un narcótico muy potente. No podía hacer más que lo que le habían dicho, ceñirse a los números de los bolsillos, limpiar mecánicamente mientras reflexionaba sobre las increíbles implicaciones de la existencia de un mundo tan grande que no bastaría con una vida para verlo entero y del que era imposible respirar todo el aire, beber toda el agua y comer toda la comida.

Holston soñó con cosas como éstas mientras restregaba diligentemente la tercera lente, la secaba, aplicaba los productos protectores y por fin pasaba a la última. Oía su propio pulso en sus oídos. Su pecho martilleaba dentro de aquel traje constrictor. «Pronto, pronto», se dijo. Utilizó la segunda esponja de lana para quitar el polvo a

la última lente. La secó, aplicó el limpiador y roció con el protector una última vez antes de volver a dejarlo todo en su sitio, en los bolsillos numerados, pues no quería mancillar el suelo hermoso y lleno de vida que pisaban sus pies. Al terminar, retrocedió un paso, dirigió una última mirada a las inexistentes personas que no lo miraban desde la cafetería y el comedor y, por fin, dio la espalda a quienes, a su vez, le habían dado la espalda a Allison y a todos los que la habían precedido. Existía una razón por la que nadie volvía a buscar a los del interior, pensó Holston, del mismo modo que existía una razón por la que todos limpiaban, a pesar de lo que habían asegurado. Era libre. Iba a reunirse con los demás, así que echó a andar hacia la grieta oscura que ascendía por la colina, siguiendo los pasos de su esposa, consciente de que una roca con la que se había familiarizado con el paso del tiempo, dormida en el transcurrir de los años, ya no yacía allí. También eso, decidió, había sido una espantosa mentira inventada por los píxeles y nada más.

Holston había avanzado apenas una docena de pasos por la colina, todavía maravillado por la brillante hierba que había bajo sus pies y el resplandeciente cielo que tenía encima, cuando sintió la primera punzada en el estómago. Fue como una especie de contracción, algo parecido a un hambre intensa. Al principio temió haberse apresurado en exceso, primero con la limpieza y luego con su impaciente avance metido en aquel incómodo traje. No quería quitárselo hasta haber dejado atrás la colina, donde no pudieran verlo, para así mantener la ficción que estarían retransmitiendo las paredes de la cafetería, fuera la que fuese. Centró la vista en las cúspides de los rascacielos y se resignó a reducir la marcha, a avanzar más despacio. Paso a paso. Aquello no era nada comparado con años y años subiendo y bajando treinta tramos de escalera.

Otra contracción, sólo que más intensa. Holston arrugó la cara a causa del dolor y se detuvo mientras esperaba a que pasase. ¿Cuándo había comido por última vez? El día antes no había probado bocado. Imbécil. ¿Y cuándo había ido al baño por última vez? Tampoco se acordaba. Puede que tuviese que quitarse el traje antes de lo que pensaba. Cuando pasaron las náuseas, dio unos cuantos pasos más, con la esperanza de llegar a la cima de la colina antes de la siguiente punzada de dolor. Apenas había avanzado unos metros cuando la sintió, más intensa, esta vez, peor que nada que hubiera experimentado nunca. Tan mala, de hecho, que le entraron ganas de vomitar y se alegró de tener el estómago vacío. Se llevó las manos al abdomen mientras sus rodillas cedían a una debilidad temblorosa. Se desplomó gimiendo. Le ardía el estómago y tenía fuego en el pecho. Todavía

logró avanzar reptando unos centímetros, con la frente y la cara interior del visor del casco empapadas de sudor. Unas luces aparecieron en su campo de visión. El mundo entero se volvió blanco y brillante, en varios destellos, como si hubiera caído una serie de relámpagos sucesivos. Confuso y aturdido, continuó arrastrándose con movimientos laboriosos y con un solo objetivo en la mente: coronar la colina.

Cada pocos segundos, la imagen que veían sus ojos se estremecía un instante y una brillante luz blanca atravesaba su visor antes de desaparecer. Cada vez veía peor. Chocó con algo que tenía delante. Se le dobló el brazo y su hombro se estrelló con fuerza contra el suelo. Parpadeó y levantó la mirada colina arriba, esperando ver algo de lo que lo esperaba allí, pero sólo vio la hierba verde, teñida cada pocos segundos de luz estroboscópica.

Y entonces dejó de ver por completo. Todo se volvió negro. Holston se llevó las manos a la cara al tiempo que se le formaba un nudo en las tripas. Hubo un resplandor, un parpadeo en su visión, y así supo que no estaba ciego. El parpadeo parecía venir de dentro del casco. Era su visor el que de pronto se había quedado ciego.

Holston buscó a tientas los cierres en la parte posterior del casco. Se preguntó si habría consumido toda su reserva de oxígeno. ¿Estaría asfixiándose? ¿Envenenándose con sus propias exhalaciones? ¡Claro! ¿Por qué iban a darle más aire del que necesitaba para completar la limpieza? Trató de manipular los cierres con los voluminosos guantes. No estaban hechos para eso. Formaban parte del traje, y éste estaba hecho de una sola pieza, con todas las cremalleras en la espalda y selladas con velcro. No estaba diseñado para que su usuario pudiera desprenderse de él, al menos sin ayuda. Iba a morir allí dentro, a envenenarse a sí mismo, a asfixiarse con sus propias emanaciones. De repente conoció el auténtico miedo al aprisionamiento, la auténtica sensación de estar atrapado. El silo no era nada comparado con esto, comprendió mientras luchaba tratando de liberarse, mientras se retorció de dolor dentro de aquel ataúd hecho a medida. Se revolvió y aporreó los cierres, pero sus dedos enguantados eran demasiado grandes. Y la ceguera empeoraba la situación, lo hacía sentir asfixiado y atrapado. Volvió a contorsionarse de dolor. Se dobló sobre sí mismo, con las manos apoyadas en el suelo, y palpó algo que había al otro lado del guante, algo puntiagudo.

Buscó el objeto a tientas y lo encontró: una roca acabada en punta. Una herramienta. Holston trató de tranquilizarse. Los años que había pasado imponiendo calma, tranquilizando a otros, aportando estabilidad en medio del caos, reaparecieron en su cabeza. Agarró la piedra con cuidado, aterrado por la posibilidad de perderla en su ceguera, y se la llevó al casco. Por un instante consideró la posibilidad de usarla para desgarrar los guantes, pero no tenía la certeza de que la cordura o el aire le duraran tanto. Clavó la punta de la roca en el cuello metálico, en el punto exacto donde debía de estar el cierre. Oyó un crujido. Crac. Crac. Tras una pausa para tantear la superficie con el dedo enguantado y una nueva arcada, volvió a intentarlo, aunque esta vez con más cuidado. En lugar de un crujido oyó un chasquido. Una línea de luz irrumpió en su campo de visión al tiempo que el casco se soltaba por un lado. Estaba ahogándose en sus propias exhalaciones, en el aire viciado y estancado del interior del traje. Se pasó la roca a la otra mano y la dirigió al segundo cierre. Tras dos intentos fallidos, lo alcanzó y el casco se desprendió bruscamente.

Holston podía ver. Le ardían los ojos por el esfuerzo, por la asfixia, pero al menos podía ver. Parpadeó para quitarse las lágrimas de los ojos y trató de inhalar una profunda, fresca y revitalizante bocanada de aire azul.

Lo que recibió en su lugar fue como un puñetazo en el pecho. Comenzó a vomitar. Escupió saliva y jugos gástricos, el revestimiento interior de su persona que trataba de escapar. A su alrededor el mundo se había teñido de marrón. Hierba marrón y cielos grises. Sin verde. Sin azul. Sin vida.

Se desplomó de costado y cayó sobre uno de sus hombros. El casco yacía abierto a un lado, con el visor negro y muerto. No se podía ver a través de él. Holston alargó la mano en su dirección, confundido. La cara interior estaba recubierta por una película plateada y en la otra no había nada. Ni siquiera cristal. Una superficie irregular recubierta de cables. Una pantalla apagada. Píxeles muertos.

Volvió a vomitar. Mientras se secaba la boca casi sin fuerzas, bajó la mirada por la ladera de la colina y contempló con sus propios ojos el mundo tal como era, como siempre había sabido que era. Desolado y yermo. Soltó el casco, la mentira que se había llevado consigo desde el silo. Estaba agonizando. Las toxinas estaban devorándolo de

dentro afuera. Levantó una mirada parpadeante hacia las nubes que cubrían el cielo, acechantes como bestias. Al volverse para comprobar lo lejos que había llegado, lo que le faltaba para llegar a la cima de la colina, vio la cosa con la que había topado mientras avanzaba reptando. Una roca durmiente. No la había visto en el visor, no formaba parte de la mentira que recreaba la pequeña pantalla, elaborada por uno de los programas que había descubierto Allison.

Mientras alargaba el brazo y tocaba el objeto que tenía delante, el traje blanco se iba desintegrando como una roca terrosa. Holston perdió las pocas fuerzas que le quedaban y dejó caer la cabeza. Retorcido de dolor por la lenta muerte que se apoderaba de él, se abrazó a lo que quedaba de su esposa y se preguntó, con su último aliento, el aspecto que tendría para cualquiera que pudiera verlo, una criatura acurrucada, hecha un ovillo, que agonizaba en la negra grieta de una colina parda y sin vida, frente a una ciudad abandonada y silenciosa que montaba guardia a su lado.

¿Qué habrían visto, de haber querido mirar?